

# ENMIENDA

Enmienda

A Ides, la abuela

A Ghers, el abuelo

A Iosif, mi papá

Sus silencios conversan en idish con la literatura

ESTHER  
FLEISACHER

**E**rri de Luca, escritor italiano, se ha vuelto presencia en mi biblioteca. En sus novelas cortas descubro una veta variada e intensa. Me gustan especialmente sus libros en los que las voces de niños o jóvenes van llevando la vida; allí priman el transcurrir del tiempo y los detalles que en ocasiones quedan sueltos, esenciales para el peso y la verosimilitud de la historia. No es ninguna de estas novelas la que provoca este escrito, sino *El crimen del soldado* (de Luca, 2015), en la que el narrador es un adulto que empieza el libro en tono autobiográfico y luego da paso a una historia contada en primera persona por una segunda narradora que hace un círculo, para terminar en el principio; entonces entiendo que no es un diario, sino una novela que me concierne al tratarse de un prófugo nazi; una vida perseguida que encierra preguntas y preguntas y la amenaza constante de ser descubierto. Reitera el padre de la narradora, el prófugo: “El crimen del soldado es la derrota”.

Vuelvo al narrador inicial, que crea inquietud y descubre similitudes y guiños con la vida del escritor, como si uno lo cogiera *in fraganti*. Pero son con seguridad autorreferencias puestas a propósito. Este narrador decide tener una relación personal con el idish, lengua que hablaban mi padre y mis abuelos, y afirma: “El idish fue para mí cuestión de amor propio, por ira como respuesta. Un idioma no muere con tal de que una sola persona en el mundo lo mueva entre el paladar y los dientes, lo lea, lo balbucee, lo acompañe con un instrumento de cuerda” (de Luca, 2015: 25-26).

Este mismo narrador, que desaparece en la página 41 de mi edición del libro, nombra a dos escritores que llevan años acompañándome, con quienes he aprendido mucho, sobre todo el amor a la lectura: Isaac Bashevis Singer e Isaak Babel. Acerca de este último afirma: “Lo que dejó escrito me basta para considerarlo el mejor escritor ruso de 1900” (15). Esta aparición inesperada toca mi

memoria y saco de la estantería *Caballería roja* (Babel, 1971), para palpar el libro leído hace años, para hojearlo. Quedo inmersa y vuelvo a leerlo de principio a fin; su escritura me afecta y me conquista de nuevo, produciéndome esa sensación de inabarcable que crea en mí la buena escritura. Babel sabe condensar sentido en una imagen enriqueciendo la acción y el hilo narrativo.

Esta lectura, como las anteriores, me trae a Jotín, que aparece como lugar de paso en dos de sus cuentos (“Berestechko” y “Los ivanes”. Babel, 1971: 129-132 y 167-175); Jotín me lleva al computador, a insistir en una búsqueda iniciada hace muchísimos años, y tengo la gran sorpresa: por primera vez encuentro en el mapa el pueblo donde nació mi padre.

Pienso, entonces, que debo enmendar mi escrito “Jotín”, publicado en 1988. Vuelvo al texto de dos párrafos.

#### Jotín

De nuevo leo a Babel, contenta de sentir un gusto que perdura, que se renueva. Sus cuentos tiernos, duros e irónicos, cuidadosamente escritos, son una lección de buena escritura. Babel es además un signo, que me trae en dos cuentos el nombre del pueblo donde nació mi padre, Jotín. Siento por primera vez que ese pueblo fronterizo, que nunca he podido encontrar en el mapa, existe. No es un nombre pronunciado sólo en familia.

Babel me trae un destello de realidad, estuvo en Jotín cuando mis abuelos aún vivían allí. Pienso que pudo haber posado su mirada sobre mi abuela, Ides, ignorando que, más de cincuenta años después, la nieta de esa mujer leería en otro idioma sus cuentos. Granos de verdad sobre los hombres me trae Babel y, por primera vez, un punto perdido de mi historia cobra el peso de pertenecer al mundo. Imagino, con ese destello regalado por Babel, un pasado que no tengo a quién preguntar (Fleischer: 1988).

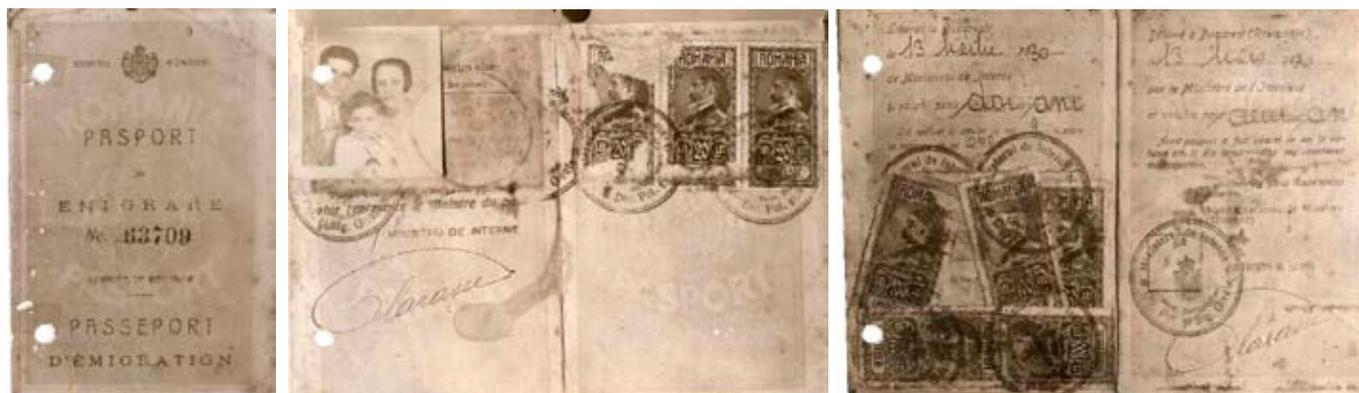
#### Enmienda, 2016

Por primera vez encuentro en el mapa a Jotín, el lugar donde nació mi padre. En la actualidad pertenece a Ucrania; cuando él salió era Rumania, lo constato en las fotos que conservo de su pasaporte, donde dice Hotín, que es la grafía en rumano.

Trato de seguir el itinerario de Babel y precisar la época en que transitó por la región. El escritor nace en 1884 en Odesa, ciudad en ese momento del Imperio Ruso que pertenece por cortos períodos a la república Soviética de Odesa, a la de Besarabia y a la de Ucrania, pasa luego a integrar la URSS y, desde 1991, al igual que Jotín, hace parte del actual territorio de Ucrania. El escritor, después de su memorable encuentro con Máximo Gorki, pasa siete años “entre el pueblo”, como él mismo lo dice, necesita conocer las cosas a fondo para poder narrarlas. Además de otros trasegares, esto lo lleva a enrolarse en 1917 en el ejército bolchevique que liberaba de terratenientes y comerciantes burgueses las tierras de lo que hoy es Ucrania; Babel pasa por Jotín haciendo parte de esa despiadada hueste.

Inspirado en esas experiencias escribe los relatos de *Caballería roja*: una tropa compuesta en su gran mayoría por militantes cosacos, presencia tan disparatada como la de un intelectual judío. Los principios que regían la vida de estos guerreros pasaban sin pausa del barbarismo a la ternura, al erotismo o a la amistad entrañable, donde los imaginarios que hacían soñar a muchos con la revolución eran traicionados sin conciencia, como se queja sutilmente Jlébnikov en las primeras líneas de la declaración donde se da de baja del Partido Comunista de los bolcheviques en “Historia de un Caballo”: “El partido comunista —decía la declaración—, que ha sido fundado, supongo, para procurar alegría y para establecer una justicia firme e ilimitada, debe tener también en cuenta a los pequeños” (Babel, 1971: 121). Los cosacos, de igual modo, podrían estar luchando en el ejército blanco.

Y aunque no tengo ya a quién preguntar, dado que la línea paterna tuvo el sino de las muertes tempranas por enfermedades del corazón, de Lima, Perú, me llega una memoria



La literatura me permite palpar una realidad que estaba circunscrita a los dichos del ámbito familiar, y crear un trazo allí donde quedó fijada la mirada triste de la abuela, en esa separación de la tierra, los seres queridos y los objetos que acompañaban el día a día, para subirse a un barco que los llevaría a América a aprender el español.

a través de una prima en cuarto grado; mejor dicho, una pariente lejana si lo que conjeturamos es cierto: el apellido, el lugar de procedencia y el cotejo de pasaportes confirman que su abuela y mi abuelo serían hermanos. Esta prima peruana tiene la versión que su abuela le narró: nuestros ascendientes procedentes de Alemania fueron terratenientes en Rusia despojados de sus tierras durante la Revolución Rusa. Sobrepongo indicios y pareciera que en dicho desalojo participó el maltrecho ejército de la caballería roja del que Babel hizo parte, y del cual extrajo el material de sus imperecederos cuentos en los que crueldad, ternura, pasión, desamparo, bondad e ironía pueden ocupar el mismo renglón.

La literatura me permite palpar una realidad que estaba circunscrita a los dichos del ámbito familiar, y crear un trazo allí donde quedó fijada la mirada triste de la abuela, en esa separación de la tierra, los seres queridos y los objetos que acompañaban el día a día, para subirse a un barco que los llevaría a América a aprender el español; también construyo la figura de cuello corto de Babel posando la mirada en una niña judía, Ides, mi abuela, aterrorizada ante una intrusión tan demoledora.

La devastación de la guerra, que narra el escritor, seguramente los empujó en 1930 a dejar

esa vida saqueada por el ejército Rojo y buscar un futuro, quedando a salvo de un infortunio mayor que se tomaría también a Rumania: los tentáculos de la limpieza nazi y sus fábricas de la muerte, a donde años más tarde serían transportados abuelos, hermanos, tíos, primos y amigos de todas las edades que no tuvieron la fuerza para retar al destino.

En este siglo XXI, Babel y mi papá tendrían la misma nacionalidad ucraniana; pero el escritor nace ruso a finales del siglo XIX, y mi papá nace rumano en la segunda década del siglo XX. La literatura, que traza sus propias rutas de parentesco, me permite vincular a mi padre con Erri de Luca, por el idish que nunca aprendí, y con Isaak Babel, por Jotín, que no he visitado. **U**

---

Esther Fleisacher C. (Colombia)

Narradora, poeta, editora y psicoanalista. Algunas de sus obras son: *Las tres pasas* (1999, cuentos), *Cable a tierra* (libro de poemas, inédito. Ganador en el 2000 en las Becas de Creación del Fondo Mixto para la Promoción de la Cultura de Medellín), *La flor desfigurada* (2007, cuentos) y *La risa del sol* (2011, novela).

#### Referencias

- Babel, Isaak (1971). *Caballería roja*, Barcelona: Barral Editores.  
De Luca, Erri (2015). *El crimen del soldado*, 2ª ed., Barcelona: Seix Barral.  
Fleisacher, Esther (1988). "Jotín". En: *Historias compartidas*, Medellín: Mesa del Silencio.